

DECLARACIÓN DE ARTISTAS E INTELECTUALES PARA ENCENDER Y VIGILAR LA ANTORCHA DE LA DEMOCRACIA

Hace veintitrés años el movimiento insurgente M19 abandonó las armas, confió en la democracia colombiana y se reintegró a la vida civil. Desde entonces sus militantes han participado con lealtad en el debate democrático, y han servido al país en distintos cargos de elección popular.

Hace año y medio, después de una brillante labor como congresista, Gustavo Petro fue elegido para el segundo cargo más importante del país, la Alcaldía Mayor de Bogotá, con la promesa de luchar contra la corrupción y de esforzarse por hacer una ciudad más humana, más sensible a las necesidades de la gente.

Un buen indicio de que el alcalde Petro está intentando gobernar de verdad y cambiar las costumbres de una metrópoli que había caído en manos de la corrupción y de los grandes negociados, es la feroz campaña de desprestigio que se ha emprendido contra él: los esfuerzos por impedir primero su posesión y después su gobierno.

Ahora el mayor adversario de la oposición democrática en Colombia, el Procurador Alejandro Ordóñez, que de un modo arbitrario se ha tomado la atribución de anular las decisiones de la ciudadanía, ha iniciado un proceso para destituir e inhabilitar a Petro, como antes lo hizo con otros importantes líderes populares.

La administración de Petro, en sólo año y medio, ya arroja resultados importantes en la lucha por superar los males de la ciudad: la pobreza y la miseria han descendido en Bogotá; los índices de homicidios se han reducido de manera notable; el presupuesto para la educación aumentó considerablemente; la alcaldía ha garantizado un mínimo de agua potable gratuita para los más humildes, y está asumiendo un manejo humano de la vieja pesadilla de la marginalidad y la drogadicción en nuestras calles.

Era de esperar que el compromiso del alcalde de no gobernar para los poderes tradicionales, de emprender tareas nuevas, enfrentándose a las mafias de la contratación y a los pulpos que viven del presupuesto, despertara una gran resistencia y diera pie a muchas campañas de desprestigio.

Los poderes que manipularon siempre la ciudad no parecen dispuestos a perdonarle nada: nunca se ha visto un nivel más sesgado de vigilancia y de exigencia desde algunos sectores políticos y mediáticos. Como toda administración, la de Petro puede tener errores, pero estos críticos no ven ninguno de sus aciertos y magnifican con perfidia dificultades administrativas que nadie puede considerar delitos.

Ello no tendría por qué ser negativo: un alcalde como Petro, con su arriesgada decisión de cambiar las cosas, tendrá que acostumbrarse a sentir siempre en el flanco el aguijón de la crítica y del rumor. Pero la arbitrariedad de no permitir que gobierne, cuando ni siquiera ha llegado a la mitad de su mandato, e impedir así que la comunidad pueda juzgar su gestión, es una decisión desesperada a favor de los poderes tradicionales, que podría tener efectos gravísimos no sólo para la ciudad sino para el país entero.

Porque, además de borrar de un plumazo la voluntad de los ciudadanos, otra de las consecuencias de la injusta destitución de Petro podría ser la ruptura de los diálogos de Paz de La Habana entre el gobierno de Colombia y las FARC. No parece posible que la guerrilla crea de verdad en las posibilidades de la democracia viendo de qué manera arbitraria se destituye a un alcalde que se reintegró a la vida civil, que fue elegido por la comunidad, y que está gobernando para la gente.



El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, la evidencia de un fraude en las elecciones de 1970, y el asesinato en las calles de todo un partido político y de varios candidatos a la presidencia en los años 80, frustraron la fe en la democracia de varias generaciones de colombianos.

Ahora los enemigos de la paz están decididos a jugarse la carta definitiva. La destitución de Gustavo Petro sería el instrumento perfecto para impedir las transformaciones que puede obrar sobre la ciudad un gobierno que no es sospechoso de corrupción, para torpedear el proceso de paz, para hacer que un conflicto de cincuenta años se eternice sobre nuestra tierra, y para producir un estallido de indignación de consecuencias imprevisibles. Seguramente hay quienes aspiran a pescar en esas aguas revueltas.

Qué triste que la arbitrariedad de unos cuantos pueda pesar más que el sueño de felicidad de todo un pueblo. Los firmantes de esta declaración llamamos a encender la Antorcha de la Democracia, y a velar día y noche junto a ella, para impedir que un manotazo del oscurantismo y de la inquisición destruya las esperanzas de una nueva generación que sueña con la paz de Colombia y con la dignidad y la prosperidad de su pueblo.

Bogotá, Julio de 2013

Firman

1. León Valencia
2. Jotamario Arbeláez
3. Luis Ángel Parra
4. Víctor Gaviria
5. Carlos Jacanamijoy
6. Simón Vélez
7. Sergio Cabrera
8. Lisandro Duque
9. Flora Martínez
10. Patricia Ariza
11. William Ospina
12. Baltazar Garzón
13. Gilma Suárez
14. Carlos Satizábal
15. Yuldror Gutierrez
16. Fernando Solórzano
17. Margarita Pacheco
18. Nicolás Uribe Pachón
19. Constanza Vieira
20. Manuel Guzmán Hennesey
21. Raúl García
22. Fernando Duque
23. Constanza Camelo
24. Hernando Martínez
25. Luis Fernando Alvear
26. Flor María Bernal
27. Daniel Jaime
28. Diana Cortés
29. Harold López
30. Gricerio Perdomo
31. Claudia Jaramillo
32. Andrei García F.
33. Luz Miryam Toro
34. Rafael Colmenares
35. Elsa Matilde Escobar
36. Antonio Morales
37. Javier Betancourt
38. Harold Lopez
39. Héctor Buitrago
40. Eliécer Luna

SIGUEN MAS FIRMAS ...

